

**IV FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES**

¡Viva México!

Esta edición, en la que participan casi medio centenar de escritoras y escritores, 20 de ellos mexicanos, se desarrollará del 26 de septiembre al 1 de octubre en Los Llanos de Aridane

R.C.

El IV Festival Hispanoamericano de Escritores se presentó el jueves pasado, 19 de mayo, en la sede central del Instituto Cervantes, en Madrid. El FHE, que debió aplazar su edición en septiembre de 2021 debido a la erupción volcánica en el Valle de Aridane (Los Llanos de Aridane es su sede desde la primera edición), se celebrará entre el 26 de septiembre y el 1 de octubre.

México, con la presencia de veinte autores mexicanos, será el país invitado. En total, participarán unos 37 escritores y escritoras hispanoamericanos, canarios y peninsulares. El Presidente del Cabildo Insular de La Palma, Mariano

Hernández Zapata, puso de relieve la importancia que ha ido alcanzando este encuentro a lo largo de los años: “para nosotros, como administración, es premisa el siguiendo continuidad a una historia de éxito, demostrando que la cultura sigue estando en nuestro proyecto de sociedad y propiciando que alrededor de esta fiesta literaria los jóvenes y no tan jóvenes puedan seguir encontrándose con los mejores escritores de nuestra lengua”.

El presidente Ejecutivo y el Director del Festival J.J. Armas Marcelo y Nicolás Melini, respectivamente, explicaron que han mantenido la convocatoria de México como país invitado por una cuestión de coherencia y de lealtad tanto a

los escritores que habían aceptado participar en la edición impedida por la erupción volcánica como a los espectadores que los esperaban. “Lo prometido es deuda”.

En representación de México, en la presentación ha participado también el escritor mexicano Jorge F. Hernández, que ha destacado y agradecido la constancia en el empeño de celebrar la literatura a pesar de todo y de contar con su país, México, como país invitado. Noelia García Leal, alcaldesa de Los Llanos de Aridane, expresó que, “a pesar de las difíciles adversidades a las que hemos tenido que hacer frente durante los últimos años, primero por la pandemia y recientemente por la erupción del volcán, el

Festival Hispanoamericano de Escritores se sigue consolidando ya no solo en Canarias, sino también en el resto del país. Este año acogemos este encuentro con especial ilusión y emoción ya que nuevamente Los Llanos se posiciona como referente de la escritura en español”. Además, añadió: “No debemos olvidarnos: apostar por la cultura es fundamental para el buen desarrollo de la sociedad”. En palabras de la directora general de Cultura y Fomento de la Lectura, María José Gálvez: “El Ministerio de Cultura mantiene firme su compromiso con la literatura y con la isla de La Palma”. El presidente ejecutivo del FHE, J.J. Armas Marcelo, por su parte, destacó la relevancia de



EL PROGRAMA NO SERÁ EL MISMO PREVISTO PARA EL AÑO PASADO, YA QUE, ADEMÁS DE LA PRESENCIA DE MÉXICO Y SUS 20 ESCRITORES, SE HA ESTIMADO INCLUIR EN EL PROGRAMA “LA ERUPCIÓN VOLCÁNICA”, ANUNCIA LA ORGANIZACIÓN DEL FESTIVAL.

la literatura mexicana actual, “una de las principales de nuestra lengua”, y señaló que “el Hispanoamericano de Escritores tiene que ofrecer lo mejor que podamos, es nuestra forma de manifestarle nuestro respeto a la gente”. Para la programación de este año, los organizadores han reiterado la invitación a los escritores previstos el año pasado y la gran mayoría ha aceptado ■

En septiembre de 2021 nos pasó un volcán por encima. Lo sé. Suena dramático. Pero en el caso de muchas personas de la isla de La Palma fue, prácticamente, así. El Festival Hispanoamericano de Escritores solo tuvimos que aplazarlo, aunque también fue traumático. No podía ser de otro modo. El volcán —todavía hoy sin nombre— hizo erupción dos semanas antes de nuestra celebración, y comenzaron las carreras. Mucha gente estaba siendo evacuada de sus casas, refugiada en los estadios. En los días posteriores, la ceniza cubrió Los Llanos de Aridane (la Plaza de España en la que se hubiese celebrado el festival), y empezamos a barruntar la catástrofe que la erupción finalmente sería. También se cubrió de angustia el espíritu de todas las personas que allí nos encontrábamos. En las calles de Los Llanos, el silencio ciudadano recordaba el que siguió tras los atentados de Atocha, en Madrid. La misma congoja otra vez, pero mientras el volcán-válvula lo estremecía todo. Por fortuna, en este caso, sin víctimas mortales, pero con el futuro de todos seriamente comprometido. Además, llovía sobre mojado: aún no nos habíamos quitado las mascarillas por la pandemia. No estábamos para fiestas, desde luego, ni de la literatura ni de ningún tipo.

OPINIÓNNICOLÁS
MELINI

Después del volcán

Todo se aplazó en la isla casi que por una cuestión moral: porque era imposible seguir adelante (“como si nada”) mientras el volcán se llevaba por delante las casas y el modo de vida de tantos de los nuestros. También de los nuestros del festival, por cierto, de los que quiero acordarme: de Ana, de Valentina, de Ricardo, de Lucía, de Esther... Otros tantos de los que hacen el Hispanoamericano de Escritores se pusieron de inmediato a trabajar en la atención a los desplazados: Charo, David, Miguel, Jorge... Son sólo algunos nombres, fueron miles de personas las desplazadas y también miles de personas las que se movilizaron para atenderlas durante la emergencia. Las gentes que viven en La Palma, y los que fueron a La Palma para ayudar, han dado un grandísimo ejemplo. Las chicas, los jóvenes, las niñas y los niños que han perdido sus casas o han

sufrido tres meses de erupción —con el aliento del volcán en forma de temores, ondas expansivas contra las ventanas, cenizas en el pelo y en el suelo y sobre todas las cosas—, toda esa juventud que ahora requiere asistencia psicológica o que no la requiere, ha sido muy valiente, son un orgullo. También todas esas personas mayores que, habiéndolo perdido todo al final de su vida, sin embargo, han sido un ejemplo de saber estar en los momentos más difíciles: lo digo porque sé de buena tinta la admiración que su saber estar ha despertado entre las personas que les han atendido.

Ahora Los Llanos de Aridane, su ayuntamiento y nosotros, los que hacemos el Festival Hispanoamericano de Escritores —la Orden Galdosiana de La Palma y las instituciones que nos respaldan—, queremos retomar lo que el volcán truncó el año pasado y volver a darle a esos jóvenes y a esos mayores lo mejor de los escritores. Y convertir el volcán que es la isla en una modesta fiesta en la que podamos hablar de literatura y de volcanes, por qué no —de los de México, Nicaragua, La Palma y tantos otros sitios—, con las personas que los viven y de ese modo que la literatura tiene de tocar las cosas (y las catástrofes) para volverlas sentido y verdad y tiempo y distancia y dignidad ■

IV FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES

J.J. ARMAS MARCELO

México es mágico. Y una de sus más profundas formas mágicas es su literatura. Sus literaturas, más bien, aunque siempre la llamemos "literatura mexicana", como una sola. Hay más lenguas que la española y hay más poemas en México que en todo el universo. El más grande sabio literario de México del siglo XX, Alfonso Reyes lo dejó explícita y expresamente escrito en uno de sus pensamientos: "Si la literatura mexicana ha de pasar a la Historia, será porque es literatura y no porque sea mexicana". Esa afirmación, en un país de gran tradición nacionalista, tiene un valor y una valentía incalculable. Pero es verdad. Reyes optó por la vida de la literatura y no por la fuerza del nacionalismo. Estuvo en Canarias, en Tenerife, para la Exposición de Escultura en la Calle, y luego hizo todo lo que pudo por el exilio español. Como lo hizo José de Vasconcelos, desde su gran influencia política e intelectual como Secretario de Educación Pública. Y esa es una de las cosas que vuelven mágico a México y sus literaturas: las enseñanzas que recibieron de tantos profesores e intelectuales que huyeron del fascismo y se recuperaron en México, entre ellos, Agustín Millares Carlo y Juan Marichal, canarios de siempre en América y en España.

Decía de la magia de las literaturas de México. En broma se dice que las mejores novelas mexicanas las escribieron escritores en lengua inglesa. Esas novelas son *Bajo el volcán* y *La serpiente emplumada*. Bien. Dos grandes novelas "mexicanas" que intentaron, desde el alma de otra lengua mayor, entrar en el alma de México. No lo consiguieron del todo, pero ahí están y eso es y forma parte también de la literatura mexicana. *Pedro Páramo*, la novela eterna del eterno Juan Rulfo, es la gran

novela de México del siglo XX. Es una novela revolucionaria que no puede de ninguna copiarse ni plagiarse porque su alma es única, es el alma de México, verbal e imaginativamente, y es una epopeya y una poética literarias irrepetible. Y su autor, cuando la estaba escribiendo, ni siquiera lo intuía, sino que escribía y dibujaba su propia alma en el fondo de cada palabra cuidadosamente colocada en su lugar exacto, flaubertianamente.

Se proclama a Octavio Paz como el poeta mágico más grande de México en el siglo XX. De lo que no me caben dudas es que Paz, en México y fuera de México, en las literaturas de nuestra lengua y en las literaturas del mundo es, junto a Jorge Luis Borges, una discusión literaria perenne. No solo en su literatura es Paz un debate perpetuo, sino en su concepción del mundo, en toda su

poética y en todo su pensamiento.

Pero las literaturas mágicas de México son múltiples, vivaces, dispares e inmensas, y nos han llegado hasta hoy llenas de vitalidad, desde el flamante Carlos Fuentes, Elena Garro y Rosario Castellano. La poesía va por el mismo camino en pasado y la narrativa: Sabines, Bonifaz y la nueva savia de esta literatura ejemplar que no cesa de dar nombres y títulos que van más allá de interés circunstancial y momentáneo.

Me precio de haber conocido a casi todos los escritores mexicanos que he citado en esta nota que preludia el Festival de Escritores Hispanoamericanos de este año, en el que México es el país invitado; me precio de haber sido admirador y lector de todos ellos. Uno de los escritores

más inteligentes que he conocido en mi vida: Octavio Paz, el mexicano de la palabra mágica. Otro de los escritores a los que sigo adorando en mi memoria: Agustín Millares Carlo. Echo de menos mis conversaciones con él en la Casa de Colón, sus risas, sus chistes, su bonhomía en el máximo sentido de la palabra y el concepto. Me precio de haber hablado con Juan Rulfo en innumerables conversaciones literarias, arrancándole entre fumada y fumada cada una de sus lentas y precisas palabras. Lo conocí en México, juntos a Ramón Xiraa, en el Colegio de México. Ya no bebía alcohol, se lo habían prohibido los médicos y tomaba vaso tras vaso de Cola-Cola. Era mágico estar con él y hablar con él, como fue mágicamente mexicano que viniera, acompañado por tantos escritores mexicanos,

a Las Palmas de Gran Canaria, cuando hicimos en junio de 1979 el I Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española.

Me precio mágicamente de haber conocido y leído a Salvador Elizondo y al exiliado español Luis Rius, persona fina y poeta perfecto. México de literaturas hasta hoy, que llegan a la Isla de La Palma los últimos representantes de estas literaturas que han inventado incluso una poética de frontera lingüística y cultural. Escritores como Arriaga o Elmer Mendoza: ahí están bien los clásicos. Pero mejor vengan a Los Llanos de Aridane a verlos, a hablar con ellos y a escucharlos cantar poemas y tocar novelas, pensamientos mágicos, literarios sin dejar de ser -sino todo lo contrario- mexicanos. No se arrepentirán. Y se preciarán, como yo, de haberlos conocido ■



De México a La Habana, vía Canarias

RUBÉN GALLO

Todos los caminos llevan a Canarias y para ir de México a La Habana hay que pasar por Tenerife. Eso descubrí mientras investigaba la trama de mi última novela, *Muerte en La Habana*, que publica en estas fechas la editorial Vanilla Planifolia de México.

Hace unos años, durante una visita a La Habana, un amigo librero me contó la historia de Manuel, un valenciano que nació en Orihuela, fue un niño pobre, emigró a Suiza a buscar fortuna, regresó a su tierra cargado de millones de francos suizos, ganó más millones de euros en negocios inmobiliarios, hasta que, en un arranque, lo dejó todo para mudarse a La Habana en busca de la utopía erótica. Fue muy feliz allá hasta que un día su cuerpo fue encontrado por la policía, maltratado y calcinado, en una carretera cerca del aeropuerto.

Pasé los últimos cinco años investigando esta historia y entrevistando a todos los amigos de Manuel, españoles y cubanos. Hablé con habaneros adolescentes, con españoles viejos, con el agregado del Interior de la Embajada de España en La Habana, que me iluminó con sus conocimientos de criminología: aún recuerdo nuestros almuerzos semanales en un café de La Habana Vieja y sus anécdotas sobre la psicología del asesino.

Dos de las entrevistas que más me sorprendie-

ron tuvieron lugar en Canarias. La primera fue con José, un amigo de infancia de Manuel, que ahora está retirado y vive en un condominio cerca de Maspalomas. Cenamos junto a la playa. Me contó de Manuel, de cómo se conocieron en Cuba, de sus aventuras callejeras. Al final de la cena me propuso que fuéramos a ver uno de sus locales — ahora vive de sus alquileres — en el Yumbo. Allí, en medio de ese *mall* gigantesco lleno de bares gay, estaba un café pequeñito, regentado por iraníes y frecuentado por rubios escandinavos en busca de fuego mediterráneo que deambulan como zombies por los pasillos cargando vasos de cerveza, ataviados con collares y pulseras fosforescentes. En una mesa, ocho suecos sorbían de unas copas gigantes, rebosadas de hielo, sombrillas de papel, trozos de sandía y jarabes de los mismos colores fluorescentes que sus gafas. *Es por eso que vivo acá*, dijo José. *Aquí en el Yumbo hay sesenta bares gay. En La Habana habrá uno o dos.*

La otra entrevista tuvo lugar en Tenerife. Me recibió el Comisario Provincial —un hombre de más de dos metros de altura, con pistola al cinto— que antes tuvo el cargo de Agregado del Interior en la Embajada de España en La Habana y que llevó el caso del asesinato de Manuel. Llegué a la comisaría con cuaderno y lápiz — a la



entrada dos policías llevan a un detenido esposado — y el Comisario me recibió de pie en su despacho. *Antes de todo, debo aclarar que estoy dispuesto a conversar con usted, pero no contaré lo que sé ni diré lo que pienso*, me dijo. Hablé, durante media hora, con una inteligencia profunda, sobre el asesinato: me contó de las entrevistas con la policía cubana, de los interlocutores que fueron bajando de rango hasta llegar a un teniente, de su teoría sobre quién pudo haberlo matado. Mientras hablábamos sonó el teléfono. El Comisario atendió y dijo: *que lo trasladen a la comisaría... y para los otros, id preparando la orden de aprensión*. A la una en punto el Comisario se puso de pie. Me dijo que tenía una reunión con el Jefe Provincial y nos despedimos.

Todo eso ocurrió hace ya varios años y de esos encuentros canarios — en la Comisaría, en el Yumbo — surgió *Muerte en La Habana*, que le da una resolución poética al misterio de quién mató a Manuel. Justicia poética: ahora regreso, al Festival Internacional de Escritores, invitado como autor mexicano, a presentar una novela cubana que investigué en Canarias. Es por eso que todos los caminos llevan a La Palma ■

Abracadabra

ANA GARCÍA BERGUA

No supo cuánto tiempo llevaba atrapada en la oscuridad desde que el mago Chang Pi la guardó en su caja de truco, cerró la tapa, serruchó y dijo abracadabra. En lugar del doble fondo por el que siempre se deslizaba para reaparecer en la tarima del fondo, gloriosa en su vestido azul de lentejuelas, fue a parar a un pasillo forrado de paño negro, tan silencioso y suave que ahogaba los gritos. Sentía, de tanto en tanto, el aleteo de palomas que le rozaban los hombros desnudos y entre sus piernas se enredaba el pelo suave de raudos conejos. Imaginaba que ellos también vivían ahí, desaparecidos en el fondo del sombrero de copa o de la caja forrada con espejos de la que el mago solía extraer incontables pañuelos de colores. ¿Sería que la magia de Chang Pi se logró por fin? ¿Habrían sido sus anteriores escenificaciones con el doble fondo y la trampilla un ensayo para esta, su verdadera e impresionante desaparición, preparada por el mago en interminables pruebas físicas y alquímicas, o una rebelión de la verdadera magia contra las burdas puestas en escena de los magos? ¿Cuántas veces diría abracadabra el mago Chang Pi, luego de que ella se esfumara

por completo? Para consolarse de la oscuridad, los mordisquitos y los picoteos en los tobillos, lo imaginaba repitiendo la palabra, desesperado, con el público en incredulidad suspendida y ella inerte, atrapada en la oscuridad de la verdadera magia, en un túnel negro donde habitaban palomas, conejos, mascadas coloridas y naipes voladores. Abracadabra, abracadabra. ¿Cuánto tiempo pasaría perdida en el envés de las cosas, en la sala de espera de los sueños de los magos y de los espectadores que creen en los prodigios?

Exactamente, setenta y cinco años que en el mundo de Chang Pi duraron un solo instante, pues cuando el mago levantó la tapa del sarcófago de doble fondo —y no dijo abracadabra, sino “con ustedes, *mesdames et messieurs*, el mayor prodigio de todos los tiempos”—, su asistente Vivianne Chantclair, hacía un minuto bellísima y radiante cuando se acostó con una sonrisa voluptuosa a recibir del mágico serrucho el mágico desmembramiento, resurgió con el rostro desencajado en una expresión de absoluto desconcierto, el vestido azul ya sin lentejuelas, picoteado y sucio de cagarrutas de paloma, convertida en una anciana triste y sorprendida. El público y el mago aplaudieron a rabiar ■

IV FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES

Cristina Rivera Garza al fin

IVÁN CABRERA CARTAYA

Creo que, desde su inauguración, el Festival Hispanoamericano de Escritores, que ha tenido Los Llanos de Aridane como epicentro, es el acontecimiento literario más importante, más estimulante y diverso que se viene dando en Canarias en el último lustro. Allí, editores, autores hispanoamericanos, isleños y del resto de España han tenido la oportunidad de encontrarse y de conocer o reconocer el mucho talento que allí se ha dado cita.

Confluencia de orillas, México -ese continente dentro del continente americano- ha tenido desde la primera edición un papel preponderante. En esta IV edición, postergada por el volcán palmero, es el país invitado y con él o en representación de él (y muy bien acompañada) viene Cristina Rivera Garza, la que me parece una de las novelistas más interesantes y asentadas de nuestra lengua. Como fiel lector suyo, la participación de Cristina me parece un verdadero acontecimiento.

Profesora de Historia en Estados Unidos, poeta, investi-

gadora, ensayista y narradora, Rivera Garza ha ido creando, desde su estreno, una obra sólida y rica. No voy a ser original, no puedo: dentro de esa obra, donde también hay un imprescindible libro sobre Juan Rulfo, me deslumbró su segunda novela, *Nadie me verá llorar* (Tusquets, 1999). Quijotesca, la autora mejicana estudió la historia de la locura en su país en la época moderna y rastreó en los archivos de La Castañeda, el manicomio principal de México D. F., la huella de los excluidos. De ese trabajo, de ese enfrentamiento con la incomodidad nació aquella segunda y espléndida novela y que yo encontré, junto a la obra de Roberto Bolaño (también muy interesado en la violencia contra las mujeres en México en *2666* (Alfaguara, 2004) en mi primer curso universitario.

Me gustaría hacer una invitación a leer toda la obra de la escritora mejicana; pero, sobre todo, leer o releer ese libro que pasó, siendo tan bueno, más bien de puntillas por el fin de siglo, algo que viene sucediendo en las últimas décadas hasta convertirse en normalidad con la mejor literatura



escrita en español: ¿la normalidad de la ausencia, del no reconocimiento?

No es mi autoridad, que ninguna es, quien debiera precipitar al lector sobre la novela sino la de alguien tan atento e inteligente como Carlos Fuentes, quien ya escribió con gene-

rosidad y entusiasmo contagioso en su reseña sobre el libro hace dos décadas. Foucaultiana y quijotesca, Rivera Garza se adelanta al feminismo tan en boga hoy día para hablar de la mujer; pero de una mujer, Matilda Burgos, que nadie mira, que nadie quiere o se

atreve a mirar, una mujer que ha olvidado su propio rostro a fuerza de creerse ese desprecio ajeno. Con una maestría lingüística deslumbrante, Rivera retrata la incomodidad, el escándalo a través del fotógrafo Joaquín Buitrago, que reconoce a la loca en la antigua prostituta, o sea, a la excluida absoluta, a la mujer de los márgenes.

La escritora mejicana -que ha vuelto sobre la violencia contra la mujer en *El invencible verano de Liliana* (2021)- y su libro de 1999, eran y son más libres y desprejuiciados que lo que llevamos de siglo XXI. Lucidez y libertad para ver la realidad íntegra de una sociedad que no esté tachonada de prejuicios, tabús y cancelaciones. Aún deslumbra no solo la belleza del título sino su diagnóstico revelador y justo: nadie me verá llorar porque nadie quiere mirarme, porque la solidaridad, la comprensión, el encararse con el dolor, la abyección, la enfermedad tienen una excelente política; pero solo eso. Los personajes que retrató extraordinariamente la escritora mejicana en su segundo libro están hoy, además de tan solos como siempre, más rechazados e incomprensidos que nunca. El manicomio y el prostíbulo: ya no hay Dantes que se encaminen a ese infierno ni Virgilio que conozcan el camino ■

HERNÁN LARA ZAVALA

Vivo atado a la cadena de mi fealdad. Soy de aspecto repulsivo: tengo la espalda dura como una coraza, del color del palo viejo y el vientre manchado de puntitos negros. Hay quien me toma por un cucarachón: estoy dividido en dos segmentos que doblo a mi antojo. Tengo cuatro patas traseras y dos manos que se bifurcan en sus extremos; dos pequeñas antenas se mueven en mi cabeza, cerca

de la boca. Y a pesar de esta apariencia soy dolorosamente inofensivo: no tengo aguijón, tenaza ni ponzoña. Si acaso emito un traquido cuando me doblo. Lento, avanzo por el mundo con mi monstruosidad a cuestas: mi poca energía proviene de los restos de vida que entrañan unas cuantas astillas. Vivo en los troncos añosos de

árboles caídos en baldíos yermos y abandonados. Apenas y me muevo. Nunca bebo. Mis heces son casi invisibles y algunos dicen que me nutro de éter pues nunca me ven comer. Mi casa, mi alimento, mi aire y mis movimientos se limitan al espacio que ocupa el puño de una mano. De esa misma mano que ahora me ame-

naza, me sujeta, que me toma entre sus dedos, me manosea, me dobla y se burla abiertamente de mí, de mi docilidad, de los ruidos que emito. Soy demasiado insignificante, demasiado inerte para soportar tanta deformidad. Y sin embargo me toma prisionero. Para humillarme, para despojarme del único orgullo que poseo, el de mi

repugnancia, me carga el lomo de bisutería que brilla en ámbar, en rojos y en azules para atenuar el despropósito de mi pobre caparazón. Me atan una cadeniella en torno a la cintura. Y un día, después de tantas malas noches, de tantas pesadillas, de tanta grisura ocurre el milagro: me despierto, muy cerca del corazón de una mujer. La acaricio con manos torpes, asido a sus senos, mientras mi triste fealdad refulege atrapada en su hermosa ■

Metamorfosis

IV FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES

EDUARDO GARCÍA ROJA

MATEO GARCÍA ELIZONDO
ESCRITOR

“Los lectores dicen que mi novela es como un ‘Trainspotting’ en Comala”

«Vine a Zapotal para morirme de una buena vez. En cuanto puse un pie en el pueblo me deshice de lo que traía en los bolsillos, de las llaves de la casa que dejé abandonada en la ciudad, y de todo el plástico, todo lo que tenía mi nombre o la fotografía de mi rostro. No me quedan más que tres mil pesos, doscientos gramos de goma de opio y un cuarto de onza de heroína, y con esto me tiene que alcanzar para matarme». Así comienza -al modo de Juan Rulfo-, *Una cita con la Lady* (Anagrama, 2019) la primera novela de Mateo García Elizondo (Ciudad de México, 1987).

El escritor es uno de los invitados del IV Festival Hispanoamericano de Escritores, un encuentro que vuelve a celebrarse en Los Llanos de Aridane tras la pesadilla del volcán.

-¿Hasta que punto cree necesario leer y escribir en tiempos tan oscuros como son los que vivimos?

“Leer nos permite experimentar otros mundos y verlos a través de otros ojos y subjetividades. Nos permite llevar a cabo experimentos de realidad virtual, vivir situaciones nuevas y ajenas a nosotros mismos y nuestra vida cotidiana, y aprender gracias a la experiencia ajena. Nos permite examinar el pasado, y predecir el futuro. Más que un escape, creo que leer puede ser una manera para conectarnos con la realidad, y para conectarnos con el Otro, en un mundo en el que la conexión humana, y la conexión con la realidad, son cada vez más tenues y distantes”.

-¿Qué influencias admite que hay en *Una cita con la Lady*?

“Mis primeros lectores de la *Lady* comentaban que mi novela era como un *Trainspotting* en Comala”, y concuerdo, aunque creo que *Junkie* de W. Burroughs fue más influyente que la novela de Irvine Welsh. Sin

embargo, creo que hay muchas más influencias directas de la novela, las que cito con más frecuencia son *La Leyenda del Santo Bebedor* de Joseph Roth, *La Lechuza Ciega* de Sadeq Hedayat, *Las Memorias del Subsuelo* de Dostoyevsky, así como la literatura de Kafka y de Beckett, entre otros...”

-En una entrevista dijo que le interesan las drogas psicodélicas. ¿Qué creen que pueden aportarle este tipo de sustancias?

“Los hongos, por ejemplo, son una especie de seres vivos que “toman prestados” sistemas nerviosos para experimentar el mundo a través de ellos (porque carecen de uno propio), y a cambio, nos prestan su propia visión del mundo durante unas horas. Por eso los colores se vuelven tan llamativos durante un viaje; porque a los hongos les encanta tener ojos. Consumirlos nos permite tener una conversación con una forma de vida sumamente inteligente, y como escritor de ciencia ficción, eso es algo invaluable. Ellos nos consideran simios un poco simplones, seres que buscan especies inteligentes allá afuera, en el espacio, pero son incapaces de reconocerlas cuando habitan en su propio planeta. Nadie se espera que una de las especies más inteligentes del planeta sea un hongo”.

- En esta novela aborda un asunto que sigue siendo muy delicado: la heroína.



MATEO GARCÍA ELIZONDO ES LICENCIADO EN LETRAS INGLÉSAS Y ESCRITURA CREATIVA POR LA UNIVERSIDAD DE WESTMINSTER EN LONDRES. HA ESCRITO ARTÍCULOS PARA MEDIOS COMO NATIONAL GEOGRAPHIC TRAVELER MÉXICO Y PIJAMA SURF. ES GUIONISTA DEL LARGOMETRAJE ‘DESIERTO’, ASÍ COMO DE LOS CORTOS ‘DOMINGO’ Y ‘CLICKBAIT’. SU FICCIÓN HA APARECIDO EN VARIOS MEDIOS.

“Quería hablar del deseo y de la muerte, por eso la heroína”

“Cuando escribí la novela, sentía que la heroína era una manera muy adecuada de hablar del deseo, que era el tema que me interesaba en realidad. Quería hablar del deseo y de la muerte, por eso la droga protagonista resultó ser la heroína. En palabras de Jorge Herralde, si mi protagonista hubiera escogido la marihuana para matarse, “la novela habría sido mucho más larga”. Y quería hablar de la muerte porque me parecía

un buen pretexto para hablar de la vida. *La Lady* resultó ser una buena manera de explorar ambos temas”.

-¿Qué documentación utilizó para describir el universo de los heroínómanos?

“Sin duda la literatura alrededor de las drogas, como *Junkie* de Burroughs, la poesía de Eros Alessi, la *Enciclopedia de las drogas* de Antonio Escohotado, algunos documentales y textos médicos y *Las confesiones de un opiómano inglés* de De Quincey fueron muy informativos. Más allá de esto, previo a la escritura de la novela tuve conversaciones con varios amigos y conocidos que habían estado involucrados en el mundo de la heroína. Algunas conversa-

ciones con ellos fueron detonantes para la escritura y terminaron casi textualmente en la novela. Mi propia experiencia con el deseo, las drogas alucinógenas y la adicción a la nicotina también fueron de gran ayuda”

-¿Hasta que punto le pesa la sombra de su abuelo Gabriel García Márquez?

“Las sombras no pesan, pero a veces opacan un poco. Si pesan, es porque nunca falta esta pregunta en una entrevista, y como Gabo es un imán para la atención, es difícil hablar de Gabo sin que se vuelva el tema central de la conversación”.

-Pero ¿le afecta en su escritura?

“Uno intenta emular y aprende mucho de la gente que admira, y yo admiro mucho a mi abuelo Gabo, y a mi abuelo Salvador, y a mi otro abuelo Juan (Rulfo), y a mi tío Bill (Burroughs), y a mi Papa (Hemingway). También admiro al tío Vlad (Nabokov) y al tío Phil (K. Dick), y a mi prima Mariana (Enríquez), entre mucha otra gente que considero primos, hermanos, y maestros”.

-¿Cuándo de despertó en usted el interés por la literatura?

“Mi gusto por la literatura despertó muy joven, leyendo libros de R.L. Stine y *La isla del tesoro* de R.L. Stevenson. Mi gusto por la escritura vino después, quizás en la adolescencia. Me gustaban los cuentos de terror y las historias de detectives” ■